

Biografía del autor: Matías Rodrigo Palavecino nació en Goya, Corrientes, Argentina, el 24 de enero de 1987, se graduó como Profesor de Enseñanza Media y Superior en Lengua y Literatura en el Instituto Privado Superior “Presbítero Manuel Alberti” y actualmente se desempeña como docente en su ciudad natal. A los 16 años comenzó a escribir sus primeros relatos en la ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, lugar donde descubriría su pasión por la literatura. Es autor del libro de cuentos de terror fantástico, *Cuando los ojos ven lo que no deben* (Autores de Argentina, 2017) y del libro de cuentos de realismo psicológico, *Bajo la piel oculta* (Alción Editora, 2019).

ISBN y código de barras: 9789877618723

EL INVITADO DE HONOR

Por Matías Palavecino

Cuento perteneciente a la obra *Cuando los ojos ven lo que no deben*

Un hombre joven, de veintiséis años, casi dos metros de altura, de ojos azules que vuelven celosos al cielo y al mar, dueño de una sonrisa cautivante y perfecta, de una mirada misteriosa e hipnotizadora, de un cuerpo de guerrero griego, de héroe romano. Un hombre que desborda sensualidad, que posee una cabellera brillante y sedosa, uno a quien le sobran las palabras justas, palabras que se derriten en sus labios dulces. Un hombre conquistador de corazones, uno con un secreto en su corazón, con un pasado difícil, con una pena en su alma y un ardor en su piel. Un hombre insaciable... un asesino.

El maldito hombre la siente, huele su perfume, su olor a mujer. Se imagina su cuerpo, su piel, su caminar sensual, su atractiva sonrisa, sus largos cabellos y ojos brillantes. El maldito hombre la busca, la encuentra, la observa, la sigue, la huele, la prueba, la goza... su mente se nubla, se marea. Hay algo en ella, como en las incontables anteriores, que lo seduce, lo enceguece, lo apasiona, lo enloquece.

Ambos ingresan a un gimnasio.

Ella no ignora su presencia. Cómo ignorarla.

Él intenta disimular. Una sonrisa suya refleja el espejo que ella mira. Un poco tímida devuelve el favor.

Sus cuerpos sudan, sus ojos se conectan. Él la quiere, la desea, la reclama. Ella será para él como todas las otras. Ella comerá de su mano como las anteriores.

La curvilínea morocha se le acerca, le habla casi frunciendo los labios cubiertos con brillo sabor a frutilla. Su cabello es lacio y ondulado hacia las puntas. Sus piernas son fascinantes, el sudor de su piel centellea como estrellas de una noche presurosa. Ambos son un mortal eclipse. El sol y la luna no crean nada bueno estando juntos. Pero el eclipse es irrefrenable.

Él la escucha. Ella está como perdida en un sueño, en una fantasía de la cual no puede escapar y por más que lo intente no podrá y esa impotencia la irá conquistando, le gustará, la disfrutará, pero al final sufrirá.

Ni bien el maldito hombre abre la encantadora boca, las palabras atan a la mujer bajo el hechizo. Ella cae rendida a sus pies, promete, sin palabras, sin voz, ser su esclava por la eternidad. Los ojos miel de ella centellean de felicidad, él ha aceptado su invitación a una fiesta. Esa noche la luna brillará como nunca antes.

Él la sigue, se esconde, agitado imagina la piel de su nueva conquista. El perfume natural de la morocha lo cautiva y lo guía. La espía. Pronto empieza a menguar el sol.

Ella ya está en la fiesta, lo espera ansiosa, lo busca, se desespera.

La gente de la fiesta se divierte, bebe, baila, salta, conversa, vomita, vuelve a beber, fuma, baila, salta, conversa, vomita, bebe, fuma, baila, salta. La gente se pierde.

Alguien grita.

Todos saltan. El juego comienza.

La morocha se exaspera. Quiere ver al hombre, a su hombre. Tuvo que venir desde muy lejos porque la casa de la fiesta se encuentra retirada de la urbe. La casa es inmensa, antigua, preciosa, llena de estatuas, fuentes, jardines y, más allá, un laberinto.

Al laberinto corren todos eufóricos.

Ella espera sentada fuera de la casa mientras la música, sin importancia, la abraza como la abraza el frío de la noche. Escucha los gritos de los gozosos y divertidos jóvenes que juegan en el laberinto. Ella quiere ver a su sol y no sabe que el sol ya está allí. El eclipse se va a consumir. Ya ha iniciado.

El maldito hombre la observa, la ve. Su visión es rápida, su aliento es agitado, sus ojos brillan con una pasión más fogosa que el fuego que la morocha guarda en su corazón.

La mujer mira la luna sintiendo las risas de los jóvenes. La luna brilla en sus ojos miel. Siente algo, es como el correr de... y allí ve un enorme perro negro cruzar en grandes zancadas. Ve en pocos segundos cómo ese animal salido de la noche salta sobre los jardines y se pierde dentro del laberinto. Ella, ya de pie, contiene el aliento. Está asustada y tiene motivos, está sola, nadie está con ella porque todos están en... y ese animal está allí.

Qué hará.

Los jóvenes gritan. Alegres, sienten cómo la luz de la inmensa luna los baña. Están radiantes y se divierten. Entre ellos pasa algo oscuro, algo que ignoran, que miran e ignoran. La morocha camina entre paredes altas de naturaleza, pisando descalza el césped y sintiendo la frescura que la calma, la apacigua, la serena; sin embargo, su corazón está alerta ahora.

Sus hermosas piernas pasan entre jóvenes perdidos en labios ajenos, en caricias fogosas, en risas cómplices. Cruza altas estatuas blancas corrompidas apenas por el tiempo y siente que el silencio se hace presente.

La bestia la siente, la huele, la quiere, la desea, la reclama y sabe que será suya, ya se ha entregado, ya ha caído en la trampa como una mariposa en la red de una hambrienta araña. La bestia la observa, la prueba, la goza y se relame entre la oscuridad que se debilita por la luna.

Ella presiente algo, advierte un cuerpo, ve a la bestia, se paraliza, enmudece y se petrifica. La mujer sabe, ha visto esos ojos azules. Ambos danzan sin tocarse, sin hablar puesto que todo ya está dicho. Allí está la muerte agazapada entre los recovecos del laberinto que guarda silencio. Un aire funesto surge de entre el césped, las tinieblas cubren los cielos y las penumbras comienzan su cacería. El banquete está servido.

Los concentrados jóvenes dejan el azúcar que los cautiva al oír un canto, la voz de una mujer clama auxilio. Mientras corren perdidos y aturdidos entre el enredado laberinto, escuchan el sonido

de las lágrimas de la joven, oyen su dolor, su desesperación. Al llegar al centro descubren, entre mareos y los últimos indicios de júbilo, a la doncella destrozada por el amor de la bestia.

—¡Un hombre lobo!

Y las fauces del infierno se abren y los demonios son liberados.

El laberinto es la tabla de ajedrez en donde el peón negro de insaciable apetito juega con cada uno de los blancos que brillan bajo la luz de la luna que se tiñe de sangre.

—Veintitrés cuerpos mutilados, despedazados, descuartizados, desmembrados... ¿Dónde está el Destripador? A pesar de que hoy el sol brilla en lo alto, a San Luis la ciñe una enorme oscuridad.



Ilustración de Diego Rolón